

hijos, de manera que hubiese entre ellos «paz y concordia,» como entonces se decía. Los tres hermanos no debían agredirse ni tomarse uno á otro sus hombres, y habían de prestarse apoyo, en la medida de lo posible, contra todos sus enemigos interiores y exteriores. El emperador había dado el Valle de Susa á Luis y el Valle de Aosta á Carlos, á fin de que pudieran en toda ocasión socorrer á su hermano Pipino de Italia, quien además podía comunicar con su hermano Carlos al través de los Alpes Nóricos. Si surgía alguna disensión respecto de las fronteras, había de ser resuelta por la prueba de los testigos ó, en su defecto, por la de la cruz, pero nunca por medio de las armas. Para el caso de morir uno de los hermanos, el reparto de 806 había determinado la parte que correspondería á cada uno de los sobrevivientes. Carlomagno introdujo también una innovación con sus disposiciones relativas á las mujeres y á los niños considerados hasta entonces como seres que no merecían ser tenidos en cuenta: en efecto, el emperador deja á sus hijas bajo la protección de sus hermanos y quiere que puedan escoger entre la vida monástica y un matrimonio honroso; y prohíbe que sus nietos, nacidos ó por nacer, sean ejecutados, mutilados ó tonsurados sin ser sometidos á un juicio regular, disponiendo que sus tíos los honren al par de su padre y que si uno de ellos es proclamado rey por su pueblo, sus tíos le dejen tomar posesión de la herencia paterna.

En Thionville, Carlomagno no se preocupó, al parecer, de la suerte del imperio, limitándose á confiar la protección de la Iglesia romana á sus hijos, «tal como él mismo la había recibido de su padre, de santa memoria.» Motivos tenía para diferir su decisión, puesto que en aquella época su título no había sido reconocido aún en Constantinopla y cualquiera torpeza podía comprometer las negociaciones entabladas.

Pipino de Italia murió cuatro años después del reparto, en 8 de julio de 810, y Carlos, en 4 de diciembre de 811; sólo quedaba, por consiguiente, un heredero, Luis. Carlomagno, que se iba haciendo viejo y que desde el año 810 padecía frecuentes ataques de fiebre, considerando segura la paz con los griegos, resolvió elevar al imperio al último de sus hijos sobreviviente. A principios del año 813, reuniéronse, por orden suya, cinco sínodos en Maguncia, Reims, Tours, Chalón y

**813** Arlés, con objeto de estudiar las reformas útiles al bien del pueblo, y una vez este estudio terminado, el emperador se enteró de él y convocó una asamblea general, que debía reunirse el mes de septiembre en Aquisgrán. En aquella asamblea redactóse una capitular de cuarenta y seis artículos «para satisfacer á las necesidades de la Iglesia de Dios y del pueblo cristiano,» y después Carlos preguntó á los magnates si eran de parecer de que transmitiera el título imperial á su hijo Luis, habiendo todos contestado afirmativamente. En vista de ello, el domingo 11 de septiembre, el emperador subió solemnemente al altar mayor de la iglesia de Aquisgrán, y después de haber orado largo rato, volvióse hacia Luis, le recomendó que amara á Dios y honrara sus templos y que fuera bueno para con sus hermanas y sus sobrinos, y por último le colocó la corona de oro en la cabeza. El pueblo gritó «¡viva Luis!» «Y Carlos, dice el autor de la crónica de Moissac, dió gracias á Dios en estos términos: «Bendito seas, Señor Dios, que me has

permitido ver con mis propios ojos á un hijo de mí nacido sentado en mi trono.»

Aquel mismo día, Carlomagno, de acuerdo con Luis, entregó el reino de Italia á Bernardo, hijo de Pipino, y le envió, bajo la dirección de Adalardo, á gobernar aquel país bajo la soberanía de su abuelo y de su tío.

Ya dos años antes el emperador había distribuido en testamento sus bienes muebles: el oro, la plata y los objetos preciosos fueron divididos en tres partes, de las que dos se entregaron inmediatamente á las veintidós iglesias metropolitanas; Carlos se reservó, para mientras viviese, la tercera, que aumentada con los objetos del guardarropa debía ser á su muerte repartida entre los miembros de la familia imperial, los servidores del palacio y los pobres. Preparábase Carlomagno para la muerte y todos los días consagraba muchas horas á la oración, á las limosnas y á la lectura de los Evangelios. Terminadas las cacerías de otoño de 813, regresó á Aquisgrán y volvió á atacarle la fiebre; la dieta y el agua, que eran los remedios á que solía recurrir para combatir esta crisis, no dieron resultado, y habiéndosele **814** declarado una pleuresía, murió en la madrugada del 28 de enero de 814, después de haber recibido el Viático de manos del archiepiscopado Hildeboldo.

Su cuerpo, lavado y embalsamado, fué transportado á la iglesia de Aquisgrán el día mismo de su muerte, descendido á una cripta y colocado en un sarcófago antiguo, cuyos bajos relieves representaban el rapto de Proserpina (1). Sobre la puerta de la entrada de la cripta y debajo de un arco de oro púsose esta inscripción: «Aquí descansa el cuerpo de Carlos el Magno, grande y ortodoxo emperador, que ensanchó considerablemente el reino de los francos y lo gobernó felizmente durante cuarenta y seis años. Murió septuagenario, en el año del Señor 814, en 28 de enero.»

#### CAPITULO IV

##### LA CIVILIZACIÓN CARLOVINGIA

I. El trabajo agrícola é industrial.—II. El comercio. Los judíos. Las medidas y las monedas.—III. Las escuelas y las letras.—IV. Las artes.—V. Conclusión.

##### I.—El trabajo agrícola é industrial (2)

La evolución que desde el reinado de Carlomagno se anuncia en la sociedad carlovingia por tantos signos diversos y concordantes, no terminará sino después de dos siglos de disturbios y de decadencia. Sería, por consiguiente, prematuro estudiarla en este lugar, y por esto trataremos de ella en el último capítulo del presente

(1) El sarcófago, del que hemos publicado un bajo relieve en la pág. 201, está todavía en Aquisgrán. Véase Förster, *Der Raub und die Rückkehr der Persephone*, Stuttgart, 1874, págs. 173 y siguientes; Berndt, *Der Sarg Karls des Grossen*, en la *Zeitschrift des Aachener Geschichtsvereins*, 1881. El relato según el cual Otón III, al penetrar en la tumba de Carlomagno, le encontró en su trono, revestido de los ornamentos imperiales, es resultado de un error en la traducción de un texto de Thietmar de Mersebourg.

(2) FUENTES.—De los documentos históricos propiamente dichos casi nada puede sacarse. Véanse, sin embargo, la *Chronique de l'abbaye de Saint-Riquier*, edición Lot., 1894, y las *Gesta abbatum Fontanellensium*, en los *Scriptores rerum germanicarum ad usum scholarum*, edición Löwenfeld. Las cartas, y en particu-

período. Pero en tiempo de Carlomagno es cuando mejor aparece el carácter de la civilización carlovingia, material ó intelectual.

Ya hemos visto que en el transcurso de la época merovingia la industria ha abandonado casi las ciudades para refugiarse en la *villa*. Todos los propietarios de haciendas sacan de éstas cuanto necesitan para su alojamiento, vestido y manutención: uno de los palatinos de Carlomagno, Eginardo, ordena á sus colonos que le envíen, conforme á la costumbre, harina, malto, vino, queso y otras vituallas; que lleven al matadero los bueyes de sus haciendas que estén á punto para ser sacrificados, y que den á los criados las entrañas y los restos inútiles; además se ocupa de la apicultura, de la elección de las semillas y de la manera de hacer que los cerdos «sean más gordos y mejores,» hace preparar en el campo trescientos ladrillos para reparar su casa de Aquisgrán, y pide obreros para ejecutar estas obras.

La desaparición de la pequeña propiedad se consuma durante el período carlovingio. Si algunas *villas* de mediana extensión (*villula*, *villares*) subsisten, es porque sus dueños se han asociado, pero las comunidades agrícolas son, al parecer, una excepción; en cambio, numerosas *villas* aparecen reunidas en una sola, y esta formación de grandes haciendas tiene como consecuencia la multiplicación de las iglesias. En el siglo VIII la iglesia rural es todavía rara, y en los documentos de venta y de permuta figura á veces entre las dependencias; en el IX casi cada *villa* está dotada de una capilla servida por un sacerdote á quien se le cede, para sus necesidades, un manso de doce *bonniers* (1) con una casa para vivienda y cuatro siervos. La *villa*, unidad económica y parroquial á la vez, se convierte en aldea.

El régimen de la grande propiedad ha prevalecido por varias causas. Sucedió con frecuencia, según hemos visto, que hombres libres empobrecidos cedieron sus bienes, de grado ó por fuerza, á vecinos ricos; pero también hay que tener en cuenta la roturación de los bosques y la importancia creciente de los monasterios.

Las selvas de la Galia y de la Germania, la Charbonniere y la Ardena, subsisten todavía en la época carlovingia, y en ellas cazan en otoño Carlomagno y sus sucesores, y de ellas sacan maderas de construcción;

lar las de Eginardo, proporcionan algunos datos; pero las verdaderas fuentes son las Capitulares y las Polípticas. Véanse especialmente Boretius, *Capitularia regum Francorum*, págs. 83-91, y la capitular de *villis*, comentada por Gerard en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1853. Gerard publicó en 1853 el *Políptico de Saint-Remi de Reims*, en 1857 el de *Saint-Victor de Marsella* y en 1844 el de *Saint-Germain-des-Prés*, precedido de notables prolegómenos. Este último ha sido nuevamente editado por Longnón, en 1886-1895. Los textos relativos á la historia de la industria han sido en parte recopilados por Fagniez, *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, tomo I, 1898.

OBRAS DE CONSULTA.—La *Histoire des classes rurales en France*, de Doniol, 1857, y la *Histoire des classes agricoles en France*, de Dareste, 1858, son muy anticuadas. Consúltense principalmente: Levasseur, *Histoire de l'industrie et des classes ouvrières en France*, segunda edición, 1900. See, *Les classes rurales et le régime domanial en France au Moyen Age*, 1901. Imbart de la Tour, *Les paroisses rurales de l'ancienne France*, 1900. Maury, *Les forêts de la Gaule*, 1850. Fustel de Coulanges, *L'alleu et le domaine rural à l'époque mérovingienne*, 1889.

(1) El *bonnier* (*buuarium*, *binarium*) es una medida superficial que equivalía á algo más de una hectárea, á 128 áreas, según Gerard.

además, los siervos de la hacienda pueden, mediante un pequeño diezmo, llevar allí á los cerdos á comer bellotas. Se ha formado una legislación forestal completa, cuya aplicación está confiada á guardabosques (*forestarii*) y entre cuyas disposiciones muchas se refieren al derecho de caza reservado al rey y á la represión de la caza furtiva, y otras prohíben las cortas demasiado abundantes. Estas últimas prescripciones no fueron obedecidas, sea por negligencia de los guardas, sea por consentimiento tácito del príncipe. En medio de las compactas espesuras por entre las cuales caminaban antiguamente los viajeros durante semanas, ábrense grandes claros, y las selvas, fraccionadas, separadas unas de otras, por terrenos cultivados, forman círculo alrededor de los palacios y de las *villas* imperiales. Las principales selvas son las de Quieryz en el Soissonnais, de Selve y de Samoucy cerca de Laón, de Compiègne y de Aire en Artois, de Stenay, Attigny, Fontainebleau, Senart y Laye, próximas á París, y aún más cerca de ésta las dos selvas vastísimas de las que son simples restos los actuales bosques de Boulogne y de Vincennes.

Las grandes propiedades se concentran en gran parte en torno de las abadías, porque multitud de pequeños propietarios ceden á éstas sus bienes, no sólo para substraerse al servicio militar, sino además para asegurar «el remedio de su alma.» El culto de los santos y de las reliquias está en todo su apogeo: Eginardo, que ha construído la iglesia de Michelstadt, quiere tener «reliquias auténticas,» y habiéndole dicho un diácono romano que en Roma se encuentran cuantas se quieren en sepulcros abandonados, le encarga que vaya á buscar algunas. El diácono parte con sus mulos, provisiones para el viaje y á algunos compañeros, llega á Roma, y después de tres días de ayuno y oración, trata de forzar el sarcófago de San Tiburcio; mas frustrado su empeño, abre el de los santos Pedro y Marcelino, mete los huesos de éstos en un ataúd y los transporta á Michelstadt, en donde Eginardo los recibe con gran pompa. Cada nuevo santo tiene, de esta suerte, clientes y donadores, el principal de los cuales es á menudo el rey.

Las grandes abadías están situadas sobre todo en el Norte de la actual Francia y de Bélgica: el Artois, la Picardía y el Hainaut están llenos de ellas, siendo las principales las de Saint-Wast de Arrás, Saint-Bertin y Saint-Riquier. En otras regiones encontramos: Saint-Remi de Reims, Luxeuil, Saint-Victor de Marsella, Saint-Wandrille ó Fontenelle cerca de Caudebec, y Saint-Germain-des-Prés, á las puertas de París. Saint-Riquier posee 20 *villas*; Saint-Victor de Marsella 13, cada una de las cuales se subdivide en cierto número de granjas denominadas colonias (*colonica*). El abad de Saint-Remi de Reims explota 693 mansos distribuidos en 24 «fiscos» (2). En 787, bajo la administración de Widón, Saint-Wandrille cuenta 1.727 mansos habitados por una población de 10.000 almas, no estando comprendidos en esta cifra los beneficios concedidos á los hombres del rey sobre las tierras del monasterio; en el siglo IX, esta abadía poseerá 4.824 mansos: Luxeuil tendrá 15.000, y si hemos de dar crédito á Elipando, el adversario de Alcuino, el abad de Saint-Martin de Tours tenía 20.000 siervos.

(2) El fisco era un conjunto de mansos sometido á un mismo sistema de censos, de servicios y de costumbres.

El estado y el régimen de las abadías los conocemos por los «Polípticos» (1), el más célebre de los cuales es el de Saint-Germain-des-Prés, redactado en tiempo del abad Irminón, entre 800 y 826. En este manuscrito, del que sólo se conserva una cuarta parte, se consigna que pertenecen á la abadía tierras cuya cabida equivale, reducida á la medida moderna, á 36.613 hectáreas (2), distribuidas entre siete de nuestros actuales departamentos: Sena, Sena y Oise, Sena y Marne, Eure y Loira, Aisne, Orne y Nievre. Los mansos de los terrazgueros son en número de 1.646, á los que se añaden 71 de más pequeñas dimensiones llamados «hospicios» (3), y están agrupados en 25 «fiscos», al frente de cada uno de los cuales hay un manso señorial. En la explotación hay empleadas 10.282 personas distribuidas en 2.859 familias, de las cuales más de 2.000 están constituidas por colonos, siete por gentes libres, y el resto por lides ó siervos. La mayor parte de las tierras son terrenos de labor (22.129 hectáreas) y bosques (13.352 hectáreas); los prados y los viñedos forman la excepción. Los censos de los terrazgueros consisten en dinero, ganado, volatería, vino, trigo, lúpulo, lino, mostaza, telas de lana y de hilo, miel, cera, aceite y jabón, herramientas de madera y de hierro, leña, antorchas y objetos diversos. La renta anual de la abadía es, en valores modernos, de 580.790 francos, lo que significa una contribución de 109 francos por familia.

El primer propietario del reino es el rey, quien recibe de sus *villas* manteca de cerdo, carne ahumada, salazones, pescados, quesos, manteca, mostaza, vinagre, legumbres, «la carne de sus vacas cojas, pero sanas, y de sus caballos no sarnosos», miel, que entonces hacía las veces de azúcar, cera y jabón. Bebe el vino de sus viñas y recomienda que lo fabriquen con limpieza en la prensa, sin pisar la uva con los pies; vende los pescados de sus ríos y los cuernos y las pieles de sus cabras, y se viste con pieles de lobos capturados por sus colonos. Por su capitular *de villis* sabemos exactamente cómo era explotada una *villa* cuyas rentas estaban exclusivamente reservadas al servicio del emperador.

El territorio de la *villa* se divide en varios «corrales» (4), rodeado cada uno de ellos por un seto bien conservado. Los edificios son numerosos: cocinas, panaderías, prensas, caballerizas, vaquerías, porquerizas, apriscos y parques para machos cabríos y cabras. En los principales corrales de aves hay por lo menos 100 gallinas y 30 ocas. Como la pesca es muy apreciada, por razón de la cuaresma, Carlomagno quiere que se

(1) La palabra *polyptychum*, de origen griego, designaba al principio un objeto doblado varias veces sobre sí mismo, pero en la Edad media se aplicó á los rollos de pergamino en que constaba el estado de los bienes que dependían de un monasterio. Más adelante, de *polyptychum* salió la palabra francesa *feuille*, que significa enumeración.

(2) Gerard daba una cifra mucho más elevada (221.187 hectáreas), pero luego se demostró que se había equivocado en sus cálculos y que sus evaluaciones eran, por término medio, nueve veces superiores á la realidad. Véase sobre esto el tomo I de la edición de Longnón, págs. 235 y siguientes.

(3) Los hospicios (*hospitia*) son pequeñas propiedades que han sido confiadas, en principio, á huéspedes (*hospites*).

(4) La palabra *curtis*, que traducimos por corral, tenía casi el mismo significado que hoy la granja; designaba una parte de la *villa*, rodeada de muros ó de setos, en donde había viviendas y establos. A veces la palabra *curtis* designa también toda la *villa*.

conserven los antiguos viveros y que se establezcan algunos nuevos, si es posible. A las labores agrícolas propiamente dichas, labranza, siembra, siega de mieses y del heno y vendimia, se agregan la ganadería y la jardinería, cultivándose en las tierras imperiales la mayoría de nuestras flores, de nuestras legumbres y de nuestros árboles frutales. Cuéntanse 74 especies de plantas y 16 de árboles; como flores hay los lirios, las rosas, las espadañas y el heliotropo; como legumbres, los cohombrós, los melones, las alcachofas, las judías, los guisantes, las zanahorias, las cebollas, los puerros, las coles, los rábanos, etc.; como árboles frutales, diversas clases de manzanos, de perales, de fresales y de melocotoneros, castaños, almendros, higueras, cerezos y nogales. La *villa* tiene también «aves singulares», como pavos reales, faisanes, gansos, palomos, perdices y tórtolas.

Al lado de los obreros agrícolas, que forman la mayoría, viven muchos artesanos, herreros, plateros, zapateros, talabarteros, torneros, carpinteros y cordeleros. Los «gineceos», distintos de los talleres de hombres, están provistos de cuartos con estufas y de sólidas puertas, y en ellos las mujeres trabajan el lino y la lana y tiñen las telas con tintura de barniz encarnado y con granza.

Los servidores adscritos á la *villa* imperial constituyen la familia (*familia*) y están dirigidos por funcionarios (*ministeriales*) que con los mismos nombres y las mismas atribuciones encontramos en las grandes abadías, como la de Saint-Germain-des-Prés, y de los cuales los principales son los intendentes y los mayordomos. El intendente (*judex*) está encargado de vigilar los trabajos, presenta todos los años por Navidad sus cuentas, envía al palacio los productos en especie y los censos, mantiene el orden y administra justicia, recibiendo las instrucciones del rey y de la reina y, en defecto de éstos, del senescal y del botellero. «El que se haga culpable de negligencia en la ejecución de estas órdenes deberá abstenerse de beber desde el momento en que sea amonestado y hasta que venga á presencia nuestra ó de la reina y solicite perdón.» A las órdenes del intendente, que ejerce su autoridad sobre toda una *villa* y aun sobre varias, está el «mayordomo» (*major, villicus*) «que no tiene en su distrito más tierras que las que puede recorrer y administrar en un día.» En último término figuran los guardabosques, los encargados de las yeguas, y otros empleados de menor importancia.

Granjas como las de Carlomagno y del abad Irminón eran granjas modelos. Es indudable que la agricultura hizo notables progresos á principios del siglo IX, á lo que contribuyó en mucha parte la suavización del régimen á que estaban sometidos los terrazgueros. «Que se cuide mucho á nuestra familia, dice el emperador, y que nadie la reduzca á la pobreza. Que nuestros intendentes se guarden de emplear á nuestros servidores para su uso personal y de obligarles á hacer prestaciones personales en su provecho. Si un siervo quiere decirnos algo importante contra su jefe, que no se le impida llegar hasta nos.»

Sabido es cuán terrible azote fueron en la Edad media las hambres; parece, sin embargo, que en tiempo de Carlomagno no fueron tan frecuentes como antes. El sínodo de Francfort de 794 fijó un máximo al precio del trigo y del pan para los tiempos de abundancia ó de carestía, y estas prescripciones se reprodujeron en

805 y 806 en Thionville y en Nimega, adoptándose además medidas contra el monopolio del vino y de los cereales y contra la exportación en caso de mala cosecha. Carlomagno, por mediación de sus obispos y de sus condes, recordaba á todos los que poseían algunos bienes que habían de socorrer á los indigentes, libres ó esclavos, y no dejarlos morir de hambre.

La industria prosperó, sobre todo en las abadías. En Saint-Pierre de Corbie, bajo la administración de Adalardo, muchas «cámaras» están ocupadas por distintos obreros: en la primera hay tres zapateros, dos talabarteros y un batanero; en la segunda, seis herreros, dos plateros, dos zapateros, un armero y un pergamino; en las otras, albañiles, carpinteros, etc. Estos talleres estuvieron situados primeramente en el interior de los monasterios y sólo producian lo preciso para las necesidades de los que en éstos habitaban; pero muy pronto se percataron los abades de los beneficios que podían sacar de una producción superior al consumo hecho en sus casas y organizaron fuera del recinto verdaderas poblaciones industriales. La más antigua de éstas que conocemos es la de Saint-Riquier, cuyos herreros habían adquirido, desde fines del siglo VIII, una gran reputación; en 831 estaba dividida en once barrios, cada uno de los cuales estaba habitado por los obreros del mismo oficio. Algunas aglomeraciones alcanzaron una población de muchos miles de almas, siendo muchas las ciudades modernas que deben su origen á esta evolución interesante. Los artesanos están agrupados en corporaciones, estando demostrada por varias capitulares y por los decretos de los concilios la existencia de comunidades llamadas «gildes» (*geldonia*) ó cofradías (*confratria*), que son instituciones benéficas y sociedades de seguros mutuos; sus miembros se juramentan á socorrerse con limosnas y á ayudarse unos á otros, en caso de pérdida de sus bienes por naufragio ó por incendio, y cada una tiene su día de fiesta.

## II.—El comercio. Los judíos. Medidas y monedas (1).

Como la industria se limitaba á fabricar los objetos de primera necesidad, era preciso pedir al extranjero los artículos de lujo, que entonces comenzaban á hacerse necesarios. El orden establecido por Carlomagno y la seguridad que reinaba á lo largo de las fronteras facilitaron las transacciones. Sorprende verdaderamente la precisión con que los escritores de aquella época enumeran los productos de las diferentes partes del mundo: los poemas de Teodulfo demuestran que el comercio era vasto, y la obra del monje de Saint-Gall, en la que abundan los hechos económicos, demues-

(1) FUENTES.—*Capitulaires* de Carlomagno. *Gesta abbatum Fontanellensium*. Poemas de Teodulfo, números VII y XXVIII, edición Dümmler. Fagniez, *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, tomo I.

OBRAS DE CONSULTA.—Pigeonneau, *Histoire du commerce de la France*, tomo I, 1889. Gaffarel, *De Francia commercio regnantibus Karolinis*, 1879. Heyd, *Histoire du commerce du Levant au Moyen Age*, tomo I, traducido al francés, 1886. Grätz, *Histoire des Juifs*, traducción Wogue, tomo III. A. de Barthelemy, *Les monnaies de Charlemagne*, apéndice al libro de Veteault, páginas 487-501. Prou, *Catalogue des monnaies carolingiennes de la Bibliothèque nationale*, 1896. Engel y Serrure, *Numismatique du Moyen Age*, tomo I, 1891.

tra que el movimiento prosiguió después de 814 (2).

No parece que Carlomagno se preocupara gran cosa de conservar los caminos ni de aumentar su número; pero las antiguas vías romanas, mejoradas por Brunquilda y Dagoberto, eran suficientes. Los comerciantes seguían con preferencia los ríos, así es que el Rhin, el Danubio superior, el Mosa y el Escalda tenían una navegación muy activa; en Valenciennes encontramos una importante aglomeración de bateleros y en el Sena el comercio revestía grandes proporciones. Una de las arterias más frecuentadas es la que, siguiendo el valle del Ródano, pone en comunicación el Norte con el Sur de Francia, el Occidente con el Oriente. Cuando Teodulfo realiza su viaje al Mediodía, quédase maravillado de la belleza de las ciudades que recorre y dos de las cuales excitan especialmente su admiración: Lyon, «de murallas elevadas», y Vienne, «oprimida de un lado por las rocas y de otro por el río anchuroso.»

En las inmediaciones de las ciudades, de las abadías y de las *villas* importantes, celébranse mercados públicos (*mercata publica*) en cualquier día, excepto en domingo. Las ferias coinciden con las más famosas peregrinaciones y comienzan al mismo tiempo que la fiesta del santo patrono. No se habla todavía de las de Champagne y de Flandes, pero la de Saint-Denis, confirmada por una carta de Pipino, de 3 de octubre de 759, está en su apogeo; esta feria, á la que se denomina *forum indictum*, de donde se deriva la palabra «lendit», debe su importancia á la proximidad de París, «el mercado de los pueblos», y á su situación en el punto de confluencia del Sena con el Oise y el Marne, y dura cuatro semanas, «á fin de que puedan asistir á ella los mercaderes de España, de Provenza, de Lombardía y de otras regiones.»

En Germania instaláronse á lo largo de los caminos albergues para los comerciantes, para sus mercancias y sus acémilas. El Elba y el Saale señalaron el límite que era imprudente traspasar, pues al otro lado estaba la Esclavia, todavía bárbara. Carlomagno estableció á lo largo de esta frontera nueve factorías (3), poniendo en ellas funcionarios francos para que velaran por la seguridad de sus compatriotas y también para que impidieran que vendiesen armas al enemigo.

Entre las ciudades del interior que servían de depósitos figuraban Tournai, Maestricht y Worms; pero la principal era Maguncia, cuya industria estaba en manos de los frisonos, trabajadores hábiles que confeccionaban paños superiores á los burdos tejidos fabricados por los siervos del real patrimonio ó de las abadías. El emperador pensó hacer de Maguncia el gran mercado de su imperio y el centro de los cambios entre la Galla y la Germania, á cual efecto estudió dos proyectos, de los que hablan con admiración los contemporáneos: la construcción de un canal que uniera el Main y el Danubio por el Rednitz y el Altmühl, y la de un puente

(2) Las *Gestes de Charlemagne*, por el monje de Saint-Gall, tienen un carácter extraordinariamente legendario y no pueden utilizarse para escribir la historia del emperador; pero el autor no desnaturalizó de la misma manera la vida de las clases populares, que en su época no se diferenciaba mucho de la del tiempo de Carlomagno. Por lo que toca al comercio, sobre todo con el Oriente, esta obra es una fuente preciosa que es preciso utilizar.

(3) Bardowick, Schlessel, Magdeburgo, Erfurt, Hallstadt, Forchheim, Bremburgo, Ratisbona y Lorsch.